

731 Rp

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

LA POLÍTICA DE AFRICA Y SUS ERRORES

*DISCURSO PRONUNCIADO POR SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL
CONSEJO DOCTOR ANTÓNIO DE OLIVEIRA SALAZAR IN EL HOMENAJE
QUE LE FUÉ PRESTADO POR LOS MUNICIPIOS DE MOZAMBIQUE
EN 30 NOVIEMBRE DE 1967*

SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO
LISBOA • 1967

I. 669

731 Rp

731/Rp



EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

LA POLÍTICA DE AFRICA Y SUS ERRORES

*DISCURSO PRONUNCIADO POR SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL
CONSEJO DOCTOR ANTÓNIO DE OLIVEIRA SALAZAR IN EL HOMENAJE
QUE LE FUÉ PRESTADO POR LOS MUNICIPIOS DE MOZAMBIQUE
EN 30 NOVIEMBRE DE 1967*



SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO
LISBOA • 1967

5. N.º 1.
669

INCORPORAÇÃO

324

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

LA POLÍTICA DE AFRICA Y SUS ERRORES

DISCURSO PRONUNCIADO POR SE EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL
CONSEJO DOCTOR ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR EN EL BOULEVARD
QUE LE FUE PRESTADO POR LOS MEMBROS DE NOTABILIDADE
EN 20 DE NOVIEMBRE DE 1963



SECRETARIADO NACIONAL DA IMPRENSA
LISBOA 4 1963

Estoy sumamente agradecido a todos los que vinisteis de tan lejos a la casa madre de la lusitanidad a traerme la afirmación solemne de que me considerais hijo de cada uno de los concejos de Mozambique. Los «homens bons» que representáis me envían a través de vosotros homenajes, votos e incluso la petición de una visita que sólo Dios sabe si podrá aún realizarse, dadas las desdichas de los tiempos, porque, de arrastrarse mucho, arrastrarán también consigo otras posibilidades.

Pero todos hicieron cuanto pudieron, ya que su mayor aspiración fué la de igualarme a ellos mismos en la ligación a la gente de su tierra y en la dedicación a la Patria común. Lo agradezco todo, lo acepto todo, menos el homenaje que no merezco, por sentirme únicamente, en el trabajo, en la determinación, en la inquebrantable resistencia, intérprete de los sentimientos y de los derechos inalienables de la Nación.

Vuestra presencia aquí es, tal vez en el fondo, una protesta o, mejor aún, la rectificación ostensiva de muchos malos pasos que otros dieron. Puedo por ello aprovecharla para decir algunas palabras sobre la política de Africa y sus errores. En este proceso en que cada uno ha de asumir ante la Historia su parte de responsabilidad, ésta recae completamente sobre el Occidente. Ya se verá si somos culpados, como nos acusan, o víctimas que los verdaderos responsables parecen no compadecer.

El primer error que se nos depara como causa de la desgraciada situación africana, en la mayor parte de su territorio, es haber partido de esta idea: la identidad del continente y que, por ello, podían aplicarse las mismas fórmulas políticas, económicas y sociales. Tal vez un poco porque nosotros mismos hemos insistido en ese defecto de visión, comienza hoy a comprenderse la realidad y a admitirse la existencia de una triple Africa que exigiría regímenes y tratamientos diversos: el Africa afro-árabe, el Africa típicamente africana y la euro-africana al Sur.

Es sabido que algunos países del Africa del Norte, con un pasado histórico que los vecinos inmediatos al Sur del Sahara no pueden invocar, han pretendido dirigirles sus destinos bajo una mal disfrazada hegemonía. Aunque no fuesen estos los intentos, habría que tener siempre en cuenta los resultados de la subversión africana, dirigida y, en buena parte, financiada del Norte, ante la inercia o la disposición de cedencia del Occidente. Y sin embargo ésta política sería, aparte el espíritu de subversión insistentemente fomentado, poco menos que inútil, porque razones sociológicas y razones históricas, aún muy vivas en el espíritu de los africanos, se opondrían a la fácil construcción de imperios que se extendiesen de El Cairo o de Argel al Ecuador, si nó al Cabo.

Bajo el aspecto europeo, lo más grave de la política norteafricana seguida reside en que el Mediterráneo es demasiado estrecho para que puedan desarrollarse en las dos márgenes pueblos hostiles. De modo que, si se verifica la evolución de los países del Norte de Africa, como, casi sin excepción, se ha verificado hasta el presente, en posiciones de inamistad con relación a Europa, y de íntimo entendimiento con el Este, esa evolución descuidadamente abandonada disminuirá

la fuerza de resistencia europea en toda la frontera mediterránea, y de manera que la podremos considerar peligrosa para su seguridad. Sabemos que por los insistentes esfuerzos de la antigua Roma, fué destruida Cartago, y que la avasalladora ola árabe por allí pasó, hace ya muchos siglos, en dirección a la Península Hispánica. Pero la geografía no se alteró en el transcurso de los tiempos y es de las posiciones geográficas de donde se parte para la conquista o es en ellas donde simplemente se asegura la defensa. La verdade es que, en tiempos bien recientes, el Mediterráneo, mar pacífico y puramente europeo, perdió ese caracter, y potencias que no son afines de ese mar comienzan a instalarse allí con toda su fuerza. Y esa será una nueva fuente de preocupaciones o peligros, sin que los apoyos financieros del Occidente y las repetidas declaraciones de amistad y de buena vecindad consigan alterar la situación.

2

El Africa africana que *grosso modo* se extiende al Sur del Sahara y sobre la cual se ejercian soberanías europeas, nos surge dividida, aparte algunas pocas excepciones, en numerosos pequeños paises, considerados independientes. En la precipitación con que la llamada descolonización se produjo no hubo a lo que parece tiempo para reparar en las insuficiencias existentes.

Bajo el aspecto territorial, la exigüidad de las superficies, la inexistencia de fronteras naturales, talladas al acaso de la ocupación, la falta de base económica para sustentar una administración eficiente, suscitan la sospecha de la precariedad de las independencias concedidas. Sin haber podido constituirse en los pueblos una conciencia colectiva, etnias diferentes y hostiles a las que la soberanía europea permitía vivir

juntas y otras idénticas o afines que obligó a separarse y desenvolverse en territorios diversos, son motivo de inestabilidad política y lo serán de las numerosas guerras que en los siglos venideros amenazan con ensangrentar a Africa. En tales condiciones de territorio y de población, algunos Estados tenderán a fragmentarse, mientras otros intentarán extenderse hasta absorber a los más débiles. Los compromisos de defensa para después de la independencia y los subsidios por parte de los poderes soberanos que, de la mejor forma, iban conduciendo a las poblaciones, se ve que no son garantías suficientes de estabilidad, de paz y de progreso.

Por más que los Estados responsables se hubiesen esforzado, no hubo tiempo o no hubo posibilidad de constituir elites políticas, guarnecer suficientemente la administración y la dirección de la economía de elementos locales, de fundir razas y culturas, de forma que pudiesen constituirse bases nacionales sobre las que un Estado válido pudiese erigirse. De repente, y aparte las apariencias que resultan de existir legalmente constituidos órganos del Estado, se comprobó casi por todas partes la inexistencia de una red administrativa eficiente y el limitado alcance del poder público, oscilando entre una concentración imposible de poderes y los múltiples portadores tradicionales de la autoridad, que no juegan con el Estado moderno de concepción occidental. Y fué ésta la que se les quiso imponer.

Las explosiones de racismo antiblanco agravaron en muchas partes la situación, desfalcando a los países de elites capaces, substituidas por los naturales en el ansia de la «africanización de cuadros» que no se podían improvisar. La única conclusión a que debía llegarse era el reconocimiento de que una sociedad política, incluso con el mínimo de conciencia de un interés común, es un ser complejo, de educación lenta y exigente de muchas clases de cuadros para mantenerse y progresar, de lo que estábamos muy lejos.

Las formas como las antiguas potencias soberanas y otras históricamente extrañas al fenómeno han pretendido remediar los males de la situación, irreversible en su parecer, ya no podían ir más allá de la disposición de técnicos, de amplios empréstitos o subsidios gratuitos, de la oferta de géneros para atender a las necesidades primarias y de la contribución para la formación de elites locales. Dudo que esos auxilios, dados con más generosidad que conocimiento de las realidades prácticas, pudiesen ser suficientes para suplir las deficiencias existentes. De cualquier modo llegó a haber, en muchas partes de Africa, al lado, por detrás y quien sabe si encima de los diversos gobernantes, los respectivos consejeros técnicos, que les informan, los guían y posiblemente los substituyen. No son del país, es dudoso que lo amen, lo sirven cuando mucho como mercenarios que son.

El olvido de que la Administración pública exige, además de competencia, organización y moralidad, llevó a canalizar y a desperdiciar millones de millones en los territorios africanos, sin la menor o con muy poca rentabilidad. Y como gran parte del dinero no está constituida por subsidios gratuitos, sucedió que en muchos casos la situación se agrava por la carga de los intereses y de las amortizaciones que no pueden ser pagados por una riqueza que no se creó. Asimismo, otra lección es que la generosidad no puede substituir al trabajo de las poblaciones interesadas en su propia tierra ni los resultados de una evolución, tal vez lenta, pero provechosa y que bruscamente se interrumpió.

Los estímulos dados a la educación se tradujeron, menos en la creación de escuelas donde pudiese hacerse la fusión de la cultura europea con los elementos subsistentes de las culturas indígenas, de que en bolsas de estudio en el extranjero. Se sabe que de esta forma muchos africanos fueron desviados para campos de entrenamiento militar y guer-

rillero, otros drogados en las escuelas especializadas en la formación política y social comunista y, algunos, pocos, esparcidos por ese mundo, en contacto con civilizaciones diversas y con las culturas más diferenciadas. En mi modesto parecer, de todos estos regresarán a su tierra unos cuantos elementos subversivos y otros, desenraizados de ella, habiendo perdido todo contacto con los elementos útiles de su cultura, incapaces de actuar debidamente en el progreso de los suyos: seguramente agentes políticos pero no factores del progreso local.

En las condiciones sumariamente descritas es difícil aceptar que existe en muchos de esos países independencia real, cuando ésta se encuentra hipotecada a la técnica, a la finanza, a la economía, incluso a la cultura extranjera; y más de que extranjera en el sentido jurídico, extraña en el sentido humano y moral. Pero si los pueblos a que me he referido se sienten a pesar de todo felices, por haberseles dicho que son independientes, considero que no está bien por nuestra parte intentar desilusionarlos. Los hechos, la vida, con sus realidades indiscutibles y a veces crueles, restablecerán el exacto juicio de las cosas.

3

Al Sur del Zaire y del Rovuma que limitan al Norte Angola y Mozambique se encuentra un conjunto de territorios, en los cuales deberemos incluir Malawi, y que, aunque bajo condiciones políticas muy diversas, presentan trazos comunes del mayor interés. Podemos afirmar que se encuentra allí la parte de Africa más rica y mas desarrollada, con interdependencias insubstituíbles, con la fijación, a veces multiseccular, de numerosa población blanca, en la mayor parte de los casos responsable por la dirección de la economía y por el progreso de las poblaciones y, además de eso, vuelta hacia el

Occidente en la cultura dominante y en las opciones ideológicas. Están allí incrustadas la Rhodesia, en espera de un acuerdo con Inglaterra que le reconozca la independencia, y Zambia, cuyos intereses, bien entendidos, están ligados a este conjunto. Sea como fuere, sin embargo, aquella Africa Austral es por el momento la única garantía sólida y la única aliada de la política del Occidente en Africa. Que Angola y Mozambique formen parte de la Nación Portuguesa e, integrados en ella, gocen por ello hace más tiempo de que los demás del estatuto de la independencia, eso no impide, sino que contribuye a una ligazón mas estrecha con Europa de la que mantienen algunos de aquellos territorios, si continuasen o viniesen a participar en la Comunidad Británica. El estrechamiento de las relaciones entre todos ellos es esencial para la vida de cada uno y para el progreso general; y existe aún la suerte de que todos se encuentran liberados de la calamidad de racismos de cualquier especie.

Esta brevísima síntesis es suficientemente expresiva del crimen contra la civilización y contra el progreso de los pueblos africanos que sería extender al Africa Austral, como muchos pretenden y se esfuerzan por hacer, la política seguida por las zonas del Norte y al Sur del Sahara. Ya tenemos en Africa anarquía, miseria, conflictos políticos y bélicos en número y dimensión suficientes para que tan livianamente llevemos a éstas regiones las mismas causas que en otras partes los produjeron. Y no obstante es así como se procede.

En verdad, en las últimas semanas se asistió en la 4.^a Comisión de las Naciones Unidas al espectáculo que hace años se repite, contra la presencia portuguesa en Africa, que culminó en amplias votaciones condenatorias en que participaran ostensivamente los países comunistas y los afro-asiáticos, los primeros trabajando muy coherentemente su política, los segundos luchando contra sus verdaderos intereses o los intereses de los que llaman sus hermanos. Nada más

contradictorio con lo que está averiguado sobre las deficiencias africanas que ciertas tesis allí expuestas y votadas por gran mayoría, con anchas manchas neutrales de abstencionistas y algunas, limitadas, de valiente reprobación.

Se sabe que elites de toda suerte hacen falta en aquellos territorios, pero se opta por que elementos válidos de cualquier técnica o actividad no vayan a integrarse allí. Se mendigan por las puertas del Occidente, tantas veces desprovistos de garantías, los subsidios financieros para ser desperdiciados, pero no se desea que los capitales del mismo Occidente sean invertidos en condiciones normales en la producción local para el progreso de las poblaciones. Es cierto que administración y gobierno no son objeto de improvisación, pero se pretende negarlos a los más aptos en nombre de mayorías no preparadas para ejercerlos. De tal orientación que además no está en nuestro propósito observar, apenas resultaría que se extendiese en Africa la mancha del caos y de la regresión a estados anteriores que se creería superados. Por estos motivos continúo admirando a Rusia y a sus satélites, a compadecer a los africanos y sus pasiones, a no comprender a los europeos y americanos que no pudieron aún ver claros los horizontes del mundo, tal vez porque los turbaron los llamados «vientos de mudanza».

4

Abro aquí un paréntesis.

Esta subversión de gran parte de la estructura africana há provocado migraciones entre los varios territorios de cientos de millares, si no de millones de personas. También nosotros albergamos mucha de esa pobre gente en los territorios portugueses, pero hay que hacer en el fenómeno, solo aparentemente idéntico, algunas distinciones. Mientras nosotros recibimos en Angola o Mozambique a los que huyen de

los conflictos o de la guerra y quieren gozar de un poco de seguridad y de paz, los cientos de millares de portugueses que se encuentran en el Congo o en Tanganica no huyeron porque tuviesen recelo de la autoridad, ni se encuentran en el exilio porque la teman, si regresasen a sus tierras. Esas multitudes son instrumento necesario del terrorismo y una de sus expresiones más características. De hecho constituyen masa obligatoria de reclutamiento, elemento valioso de propaganda internacional y, a través de los subsidios que se pretenden encaminar para los refugiados, fuente de sustentación de los terroristas. Lo que acontece es que, mientras en el Congo son los mismos terroristas los que impiden el regreso de sus prisioneros, a lo largo del Rovuma, la frontera del otro lado está guardada por fuerzas armadas de Tanzania para que no se esfume, con el regreso de los portugueses, aquella fuente de rendimiento y de protesta.

Sea como fuere, nuestra posición es recibir en el territorio nacional a todos los que consideren que allí está su patria y en plena confianza pretendan rehacer su vida en orden y en paz, bajo la seguridad que las autoridades les pueden garantizar. Aconsejamos que continuen únicamente ilustrando en los países de su actual refugio a los que pueden ser individualizados como autores de crímenes graves, por la razón de que no pueden esperar buena acogida de los hijos o hermanos de sus víctimas.

5

Nuestra línea de rumbo nos es trazada por una Historia de siglos que moldeó la Comunidad Portuguesa en su fisonomía euro-africana, y además por lo que la experiencia nos ha permitido aprender en el contacto con las más variadas gentes del Globo. Los intereses materiales no han sido el objetivo esencial de la acción portuguesa en el mundo, sino

que más bien los hemos sacrificado al progreso de las poblaciones. Europa se ríe hoy del «paternalismo» para con las razas aún no evolucionadas, y del «espíritu misional», porque de hecho parece que no cree ya en su misión civilizadora, como no cree en la superioridad de su propia civilización. Y nosotros continuamos creyendo. De ello resulta que tengamos derechos y deberes que nos imponen cierto comportamiento, y ese es el de la tenaz resistencia a las fuerzas desintegradoras que desde el extranjero se infiltran en el Ultramar.

Sería grave riesgo para el mundo dejar que se arraigara la convicción de que el terrorismo es invencible; y fué ciertamente por esto por lo que Inglaterra tan bien lo batió y liquidó en Kenia y en Malasia.

El problema sería ciertamente diverso si nos encontrásemos, como muchos fingen creer, ante un sentimiento de intolerancia generalizado o, mas bien, de una sublevación de las poblaciones. Llamo la atención para los tres hechos siguientes: el primero es que son incomparablemente mas numerosos los africanos asesinados por los terroristas en sus labranzas y cosechas que los miembros de las fuerzas europeas o locales encargados de defenderlos; el segundo es que las poblaciones se refugien junto de las fuerzas militares o de las autoridades, cuando son perseguidas por los tales libertadores; el tercero es no haber, aparte de algunos lugares de pasajero refugio o de oculto depósito de armamento y víveres, un pedazo de territorio del que los terroristas puedan decir: aquí mandamos nosotros. Pueden matar en diversos sitios, como bandoleros echados al monte, pero no ocupan ninguno. Estos tres hechos comprobados serian, a mi ver, suficientes para destruir con ánimo de buena fé el mito de la liberación de los africanos por los llamados movimientos nacionalistas en el territorio portugués.

Adivino una pregunta: ¿Y cuanto tiempo será necesario para hacer cesar el terrorismo, continuando a apelar para

todas las fuerzas de nuestro ánimo, a jugar todos los recursos públicos y particulares, a arriesgar la vida de nuestra mejor juventud y a imponer a las familias de los combatientes las más duras pruebas? ¿Cuanto tiempo aún?

Respondo. Hay en Africa ideologías que conducen a la subversión, y hay tambien intereses que sobrenadan en el caos y con él están esperanzados en la obtención de facilidades y privilegios. La «solidaridad africana» que, sin protestas, se atreve a predicar en la ONU la legitimidad de los movimientos terroristas, no dispone sino de la fuerza que le viene de la conjugación de aquellas ideologías y de los aludidos intereses. Pero las primeras son opuestas a la sobrevivencia del Occidente; los segundos, de quien quiera que sean, no serán asegurados sino en la estabilidad de los gobiernos y en la actividad pacífica de los pueblos. Cuando por tanto veamos que el Occidente comienza a comprender que está siendo minado por el comunismo en Africa, cesará la coalición absurda, diríamos sacrílega, que ha mantenido hasta ahora, y las actitudes ante los problemas africanos pasarán a ser diferentes. En la propia Africa los países moderados crecen en número y en influencia y llegará un momento en que los extremistas tendrán que dejarlos vivir en la cooperación amigable que nosotros les proponemos y defendemos. Ese momento exacto de comprensión y de desistencia puede no estar lejos; es, sin embargo, imprevisible el sincronismo de tan variados factores.

No puedo por ello terminar estas palabras, como tanto desearía, con una nota que todos — sobre todo los que más sufren — consideren de claro optimismo. Pero pienso que se debe ser optimista cuando se está seguro de hacer durar indefinidamente la resistencia. Esa posibilidad si que es la prueba de la fuerza y la señal segura de la victoria, a través de la cual no queremos sino que continúe en la paz la Nación Portuguesa.



EMPRESA TIPOGRAFICA
CASA PORTUGUESA
RUA DAS GÁVEAS, 109
L I S B O A

2624

EDICIONES

S·N·I

LISBOA

NB



EFG0000515224

S.